

HOWARD ZINN

La otra historia de
los Estados Unidos

Introducción de ANTHONY ARNOVE
Traducción de ENRIQUE ALDA

ÍNDICE

- Introducción. Anthony Arnove, 5
1. Colón, los indios y el progreso, 17
 2. El trazado de la línea del color, 39
 3. Personas de condición infame y vil, 55
 4. La tiranía es tiranía, 75
 5. Una especie de revolución, 93
 6. Las íntimamente oprimidas, 121
 7. Mientras los ríos fluyan y la hierba crezca, 143
 8. No conquistamos por la fuerza, gracias a Dios, 167
 9. Esclavitud sin sumisión, emancipación sin libertad, 189
 10. La otra guerra civil, 229
 11. Los barones ladrones y los rebeldes, 273
 12. El imperio y el pueblo, 319
 13. El desafío socialista, 345
 14. La guerra es la salud del Estado, 383
 15. Autoayuda en tiempos difíciles, 401
 16. ¿Una guerra popular?, 433

17. ¿O explota?,	473
18. La victoria imposible: Vietnam,	499
19. Sorpresas,	533
20. Los años setenta: ¿Bajo control?,	571
21. Carter-Reagan-Bush: el consenso bipartidista,	595
22. La resistencia encubierta,	637
23. La próxima revuelta de los guardianes,	669
24. La presidencia de Clinton,	681
25. Las elecciones del 2000 y la «lucha contra el terrorismo»,	715
Epílogo,	725
Bibliografía,	731
Índice onomástico,	755

INTRODUCCIÓN

POR ANTHONY ARNOVE

Con *La otra historia de los Estados Unidos*, Howard Zinn cambió radicalmente la forma en que millones de personas entendían la historia. Sin embargo, fue el primero en reconocer que no lo hizo solo. El libro surgió de su conciencia de la importancia de los movimientos sociales en la historia de Estados Unidos —en algunos de los cuales desempeñó un papel muy activo durante la década de 1960, la de 1970 y posteriormente, como el movimiento por los derechos civiles y las movilizaciones masivas para poner fin a la guerra de Vietnam—, además de otras actividades pacifistas y las muchas campañas por la subida salarial y por los derechos de los trabajadores, las mujeres, los latinos, los nativos americanos, los gais y lesbianas, y otros grupos sociales. Zinn también reconoció abiertamente a todas las personas que habían influido en su forma de ver la historia: Woody Guthrie, cuyas canciones sobre los trabajadores de los treinta y los cuarenta le descubrieron capítulos de la historia de Estados Unidos que su formación académica le había ocultado; Philip S. Foner; Herbert Aptheker; Richard Hofstadter; Elizabeth Martínez y otros escritores, editores, bibliotecarios e historiadores que desenterraron lo que denominó «efímeros momentos de compasión del pasado, en vez de [...] sus ininterrumpidos siglos de guerra». Pero, sobre todo, dio las gracias a las personas cuyas historias entreteje a lo largo de este libro: Eugene Debs, Fannie Lou Hamer, Frederick Douglass, Plough Jogger. Howard Zinn comprendió que escribía para sacar a la luz su voz y sus historias, sus luchas y su visión, e inspirar a otras personas a lograr el cambio. Por eso quiso publicar un libro complementario a este, *Voices of a People's History of the United States*, que reúne los discursos, cartas, manifiestos y otros documentos sobre la historia del pueblo en los que se inspiró para escribir *La otra historia de los Estados Unidos*,

y también para recordarnos que esta historia continúa en la actualidad bajo nuevas formas. Y por eso quiso rodar el documental *The People Speak* con artistas como Bob Dylan, Kerry Washington, Viggo Mortensen y Danny Glover, para dar vida a esas voces. Comprendió que las palabras contenidas en este libro, por elocuentes que sean, eran menos importantes para el éxito del mismo que las palabras —y acciones— de otras personas, que entretendió para dar forma a un relato de la historia de Estados Unidos contado desde abajo.

Tal como demuestra este libro, Zinn era un escritor excepcionalmente dotado. Lo han leído millones de personas —un logro extraordinario para cualquier obra sobre la historia del pueblo—, que han pasado su ejemplar gastado a amigos, familiares y compañeros del ejército y del trabajo, porque les ha abierto nuevos horizontes. Un gran número de ellos decidió dedicarse a la enseñanza tras leerlo. Muchos otros sintieron que el libro les había cambiado la vida y les había llevado por nuevos caminos. Yo soy uno de ellos. Leer este libro —y posteriormente tener la gran suerte de conocer y trabajar con Howard Zinn— me cambió radicalmente. Consiguí que me interesara por la historia de un modo en que ningún profesor ni experiencia lo había logrado antes; e hizo que la viera como algo en lo que participamos todos y me diera cuenta de que la forma en que entendemos el pasado no solo revela cómo vemos el presente, con todas sus complejidades, sino también cómo podemos imaginar un futuro diferente.

Cuando se publicó en Estados Unidos en 1980, la primera tirada de *La otra historia de los Estados Unidos* fue de unos pocos miles de ejemplares en tapa dura, algo modesto para HarperCollins. Pero pronto encontró a un público entusiasmado con la lectura de un libro que proporcionaba una visión de abajo arriba, exhaustiva e ingeniosa, de la historia de Estados Unidos, a diferencia de los tropos aún dominantes de los grandes hombres blancos (con alguna excepción esporádica) que «habían hecho historia», una visión especialmente desempoderadora. La líder de los derechos civiles Diane Nash, a la que Zinn conoció cuando trabajaba para el Comité Coordinador Estudiantil No Violento, comentó hace poco lo difícil que había sido para nuestra cultura aceptar historias que hablan del esfuerzo de personas normales y corrientes, cuyos nombres quizá ni siquiera sabemos o en raras ocasiones aprendemos en los libros de texto. En un debate con los críticos de la película *Selma* de 2014, dirigida por Ava DuVernay, que aseguraban desprestigiaba injustamente el papel que desempeñó el presidente Lyndon Baines Johnson en la creación de una legislación sobre derechos civiles (una polémica con la que Zinn estaba muy familiarizado), esta dijo:

Lyndon Johnson era el presidente. Tenía la obligación de imponer la ley. No debería haber esperado a que se le arrebatara la vida a Jimmie Lee Jackson, James Reeb y Viola Liuzzo. No debería haber esperado a que se golpeará brutalmente a las personas que estaban en el puente Pettus antes de hacer valer el derecho de los negros a votar en el Sur. Valoro que L. B. J. promulgara y firmara la Ley de Derecho al Voto, pero me habría gustado que se hubiera mostrado más decidido respecto a nuestro derecho a votar, y así no habríamos tenido que llegar a esos extremos —organizar un movimiento masivo y poner en riesgo nuestra seguridad— para conseguir el voto. Fue el valor, el trabajo, la consideración, el sacrificio, la disciplina y la determinación de los ciudadanos de Estados Unidos lo que logró nuestro derecho al voto.

A lo largo de la historia, se ha producido una apropiación indebida de las invenciones, innovaciones musicales y muchos otros logros y contribuciones desarrollados por los descendientes de los africanos esclavizados en Estados Unidos. Aprendemos nombres de presidentes, de batallas y fechas. Y la sensación que se perpetúa demasiado a menudo en los libros de Historia y en la cultura popular es que es necesario ser presidente o ser alguien especial o blanco para tener una idea importante o conseguir éxitos de envergadura. Esa idea resta poder a los ciudadanos y no debería propagarse más.

Al igual que en el caso de Nash, las experiencias de Howard Zinn en el movimiento por los derechos civiles le proporcionaron una visión diferente de cómo se hace historia. Una visión que conforma cada página de este libro.

CUANDO SE publicó *La otra historia de los Estados Unidos*, Ronald Reagan estaba a punto de convertirse en presidente. En el terreno cultural, el país se inclinaba manifiestamente hacia la derecha. Los movimientos que deseaban revertir todo lo conseguido por el movimiento por los derechos civiles, el movimiento por la liberación de la mujer y otros cambios progresistas de los sesenta y setenta ganaban terreno. Los sindicatos sufrieron un ataque constante del que nunca se recuperaron. En ese ambiente, este libro podría haberse perdido o haber caído en el olvido. Merece la pena analizar por qué no fue así. En primer lugar, como sucede con todas las publicaciones, intervino la suerte. *The New York Times Book Review* podría haber decidido que el libro no era digno de una reseña, como suele pasar con muchos libros escritos desde un punto de vista izquierdista. Una vez tomada la decisión de reseñarlo, habría sido muy fácil para los editores del *Times* enviar el libro para que alguna eminencia de la nueva derecha agresiva lo pusiera por los suelos, como sucede a menudo. Pero en vez de eso, pidieron al respetado historiador Eric Foner que se ocupara él. Y, a pesar de no carecer de críticas, su reseña fue extremadamente positiva. Lo que escribió en el *New York Times Book Review* del 2 de marzo de 1980 merece tenerse en cuenta:

La otra historia de los Estados Unidos

COLÓN, LOS INDIOS Y EL PROGRESO

DESNUDOS, BRONCEADOS Y ATÓNITOS, los hombres y mujeres arahuacos bajaron de sus poblados a la playa y se acercaron nadando a aquel enorme e insólito barco para ver mejor. Cuando Colón y sus marineros desembarcaron, armados con espadas y hablando una lengua extraña, los arahuacos corrieron a saludarlos y les ofrecieron alimentos, agua y obsequios. Más tarde, Colón escribiría en su diario de a bordo:

Nos traían papagayos e hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad [...]. Y todos los que yo vide eran mancebos, que ninguno vide que pasase de edad de más de treinta años, muy bien hechos, de muy fermosos y lindos cuerpos y muy buenas caras [...]. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro [...]. Ellos deben ser buenos servidores [...], con cincuenta hombres los ternán todos sojuzgados y les harán hacer todo lo que quisieren.

Los arahuacos de las Bahamas se parecían mucho a los indios de tierra firme, excepcionales por su hospitalidad y su constante deseo de compartir; los testigos europeos lo repetirían una y otra vez. Unas cualidades que no destacaban precisamente en la Europa del Renacimiento, en la que dominaban la religión de los papas, el gobierno de los reyes y el delirio por el dinero, características propias de la civilización occidental y de su primer mensajero en las Américas, Cristóbal Colón.

Colón escribió:

Y luego que llegué a Indias, en la primera isla que hallé, tomé por fuerza algunos dellos; para que deprendiesen y me diesen noticia de lo que había en aquellas partes;

La información que más deseaba Colón era: ¿dónde está el oro? Había convencido al rey y a la reina de España para que financiaran una expedición a las tierras del otro lado del Atlántico —la India y Asia—, donde esperaba encontrar oro y especias. Pues, como todas las personas instruidas de su tiempo, sabía que el mundo es redondo y podía navegar hacia el oeste para llegar al Extremo Oriente.

España, recientemente unificada, era una de las nuevas naciones-estado, igual que Francia, Inglaterra y Portugal. Sus habitantes, en su mayoría campesinos pobres, trabajaban para la nobleza, que conformaba el dos por ciento de la población y poseía el noventa y cinco por ciento de las tierras. España, vinculada a la Iglesia católica, había expulsado a los judíos y desterrado a los moros. Como otros estados del mundo moderno, España codiciaba el oro, que empezaba a ser un nuevo símbolo de riqueza, más útil que la tierra, porque podía comprarlo todo.

Se creía que en Asia había oro y, sin duda, seda y especias, ya que Marco Polo y otros viajeros habían regresado siglos antes con objetos maravillosos de sus expediciones por tierra. En ese momento, en el que los turcos habían conquistado Constantinopla y el Mediterráneo oriental, y controlaban las vías terrestres a Asia, era necesaria una ruta por mar. Los marinos portugueses se abrían camino por el extremo meridional de África. España decidió apostar por una larga travesía a través de un mar ignoto.

A cambio de oro y especias, los reyes prometieron a Colón un diez por ciento de las ganancias, el cargo de gobernador de las tierras descubiertas y el prestigio que le otorgaría su nuevo título: almirante de la Mar Océana. Colón había trabajado como tejedor para un mercader en la ciudad italiana de Génova —su padre fue un experto artesano— y era un marino avezado. Zarpó con tres naves, la mayor, la Santa María, tenía unos treinta metros de eslora y treinta y nueve tripulantes.

Colón jamás habría llegado a Asia, que estaba a miles de millas más lejos de lo que había calculado, porque había imaginado un mundo más pequeño. Habría fracasado en semejante extensión de agua. Pero tuvo suerte. A un cuarto de camino encontró una tierra desconocida e inexplorada entre Europa y Asia, las Américas. Fue a comienzos de octubre de 1492, treinta y tres días después de haber zarpado con su tripulación de las Islas Canarias, frente a la costa atlántica de África. Vieron ramas y palos flotando en el agua.

Divisaron bandadas de pájaros. Eran señales de que había tierra cerca. Después, el 12 de octubre, un marinero llamado Rodrigo vio brillar la luz de la luna en una playa blanca, y gritó: «¡Tierra!». Era una isla de las Bahamas, en el mar Caribe. Se había acordado que el primer hombre que avistara tierra recibiría una pensión anual de diez mil maravedíes de por vida, pero a Rodrigo nunca se le concedió: Colón aseguró que había visto una luz la noche anterior y le asignaron dicha recompensa.

Al acercarse a tierra los recibieron los indios arahuacos, que salieron nadando para darles la bienvenida. Los arahuacos vivían en aldeas comunitarias y cultivaban maíz, ñame y yuca. Sabían hilar y tejer, pero no tenían caballos ni animales de tiro. No conocían el hierro, aunque llevaban pequeños adornos de oro en las orejas.

Aquello tendría consecuencias: Colón apresó a algunos indios y los subió a bordo para que lo guiaran al lugar donde habían conseguido ese oro. Después zarpó hacia lo que en la actualidad es Cuba y, más tarde, hacia La Española, la isla que hoy en día se dividen Haití y la República Dominicana. Allí, las pepitas que se veían en los ríos y una máscara que le entregó un jefe indio local desembocaron en imágenes descabelladas de yacimientos de oro.

Colón construyó un fuerte en La Española, la primera base militar europea en el hemisferio occidental, con el maderamen de la Santa María, que había encallado. Lo llamó Navidad y dejó allí a treinta y nueve miembros de la tripulación, con órdenes de buscar y acaparar oro. Apresó a más indígenas y los embarcó en las dos naves que le quedaban. En algún lugar de esa isla se produjo una escaramuza con los nativos, que se negaban a suministrar los arcos y flechas que sus hombres y él deseaban. Atravesaron con las espadas a dos de ellos y dejaron que se desangraran. Después, la Niña y la Pinta pusieron rumbo a las Azores y España. Cuando llegó el frío, los prisioneros indios empezaron a morir.

El relato de Colón ante la corte de Madrid fue desmedido. Aseguró que había llegado a Asia (era Cuba) y a una isla frente a la costa de China (La Española). Sus descripciones mezclaron realidad y ficción:

La Española es maravilla: las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan ferrosas y gruesas para plantar y sembrar [...]. Los puertos de la mar, aquí non habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas: los más de los cuales traen oro [...], hay muchas especies, y grandes minas de oro y de otros metales.

Según Colón: «... ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidién-

EL TRAZADO DE LA LÍNEA DEL COLOR

J. SAUNDERS REDDING, un escritor negro estadounidense, describió la llegada de un barco a Norteamérica en 1619:

Con las velas arriadas y la bandera colgando por encima de la redondeada popa, apareció con pleamar. Era un barco extraño, sin lugar a dudas, un barco aterrador, lleno de misterio. Nadie sabía si era mercante, corsario o de guerra. En las portas, las bocas negras de los cañones bostezaban. Navegaba bajo pabellón holandés con una tripulación variopinta. Su puerto de escala, un asentamiento inglés, Jamestown, en la colonia de Virginia. Atracó, comerció y al poco levó anclas. Probablemente, ningún barco en la historia moderna había transportado una estiba tan portentosa. Su cargamento: veinte esclavos.

No hay otro país en la historia del mundo en que el racismo haya sido tan importante durante tanto tiempo como los Estados Unidos. Y el problema de la «línea del color», como lo denominó W. E. B. Du Bois, sigue presente. Por eso, preguntar cómo empezó es más que una simple cuestión histórica. E incluso podría hacerse una pregunta más apremiante: ¿cómo puede ponerse fin? O, dicho de otro modo: ¿pueden vivir los blancos y los negros sin odiarse?

Si la historia ayuda a contestar estas preguntas, entonces, la esclavitud en Norteamérica —parte de un continente en el que se sabe cuándo llegaron los primeros blancos y los primeros negros— puede darnos algunas claves.

Algunos historiadores creen que esos primeros esclavos que llegaron a Virginia eran sirvientes, como los sirvientes blancos contratados que se llevaron desde Europa. Pero hay una gran probabilidad de que, aunque los hubieran enrolado como «sirvientes» —una categoría más familiar para los ingleses—, se los considerara diferentes a los criados blancos, no se los tratará igual y, en realidad, fueran esclavos.

En cualquier caso, la esclavitud se convirtió rápidamente en una institución habitual en la relación laboral establecida entre negros y blancos en el Nuevo Mundo. Con ella llegó de la mano ese sentimiento racial singular —ya sea odio, desprecio, lástima o la condescendencia que acompañó a la condición inferior de los negros en América durante los siguientes trescientos cincuenta años—, esa combinación de estatus de inferioridad y actitud despectiva que llamamos racismo.

Todo lo que experimentaron los primeros colonos blancos influyó en la esclavización de los negros.

Los virginianos de 1619 necesitaban desesperadamente mano de obra que cultivara suficiente comida para no perecer. Entre ellos se encontraban los supervivientes del invierno de 1609-1610, el período de «hambruna» en el que, enloquecidos por la falta de alimentos, erraron por los bosques en busca de frutos y bayas, abrieron tumbas para comerse los cadáveres y fueron muriendo hasta que solo quedaron sesenta de los quinientos colonos.

Las actas de la Cámara de los Burgueses de Virginia recogen un documento de 1619 que describe los primeros doce años de la colonia de Jamestown. El primer asentamiento estaba habitado por cien personas, que comían un cazo de cebada diario. Cuando llegaron otros colonos, la comida se redujo aún más. Muchos de ellos vivían en agujeros similares a cuevas excavados en la tierra, y en el invierno de 1609-1610:

... se vieron obligados por un hambre insufrible a comer las cosas que más aborrece la naturaleza, carne y excrementos humanos, ya fueran de blancos o de indios; a uno de ellos lo desenterraron y devoraron después de llevar sepultado tres días; otros, que codiciaban el cuerpo de los que no estaban tan consumidos por el hambre como ellos, acechaban y amenazaban con matarlos y comérselos; uno de ellos asesinó a su mujer mientras dormía, la cortó en pedazos, la salió y se alimentó con ella hasta que acabó con todo su cuerpo, excepto la cabeza...

Una petición de treinta colonos a la Cámara de los Burgueses, en la que se quejaban de los doce años de gobierno de sir Thomas Smith, rezaba así:

Afirmamos que, en la mayor parte de los doce años de gobierno de sir Thomas Smith, la colonia ha sufrido gran escasez y miseria, y unas leyes severas y crueles [...]. La ración para un hombre en ese tiempo fue de doscientos gramos de harina de maíz y trescientos gramos de guisantes diarios [...] mohosos, podridos, llenos de telarañas y gusanos, detestables para un hombre y ni siquiera aptos para los animales, lo que forzó a muchos a huir para pedir ayuda al enemigo salvaje y después, cuando se los obligó a volver, se les dio muerte de varias maneras: ahorcados, fusilados o quebrados en la rueda [...]. A uno de ellos, por robar un kilo o kilo y medio de harina de avena, se le clavó un punzón en la lengua y se lo ató con una cadena a un árbol hasta que murió de hambre...

Los virginianos necesitaban mano de obra que cultivara suficiente maíz para subsistir y tabaco para exportar. Habían conseguido plantar tabaco y en 1617 enviaron el primer cargamento a Inglaterra. Al caer en la cuenta de que, al igual que todas las drogas placenteras de dudosa moralidad, podía venderse a buen precio, los colonos, a pesar de sus enraizadas convicciones religiosas, no pusieron reparos a un negocio tan lucrativo.

No consiguieron forzar a los indios para que trabajaran, tal como había hecho Colón. Los superaban en número y, a pesar de tener armas de fuego con las que masacrarlos, sabían que estos también podían vengarse exterminándolos. No podían capturarlos y esclavizarlos; los indios eran fuertes, ingeniosos, atrevidos y, a diferencia de los ingleses trasplantados a aquellos parajes, los bosques eran su hogar.

Todavía no había llegado la cantidad necesaria de sirvientes blancos. Además, estos no eran esclavos y solo tenían que cumplir su contrato durante unos años para pagar el pasaje y poder establecerse por su cuenta en el Nuevo Mundo. Muchos de los colonos blancos libres eran artesanos especializados y otros nunca habían tenido que trabajar en Inglaterra y sentían tan poco interés por cultivar la tierra que, en aquellos primeros tiempos, John Smith se vio forzado a declarar una especie de ley marcial, organizarlos en grupos y obligarlos a labrar las tierras para poder sobrevivir.

Quizá, lo que condujo a los virginianos a convertirse en amos de esclavos fuera una especie de rabia frustrada por su ineptitud ante la superioridad de los indios para cuidar de sí mismos. Edmund Morgan imagina su actitud en su libro *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos: de la colonia a la independencia*:

Como colono sabías que tu tecnología era mejor que la de los indios; que eras una persona civilizada y ellos, salvajes [...]. Pero aquella tecnología había demostrado ser insuficiente para cosechar nada. Los indios, que solo dependían de sí mismos, se reían de esas herramientas superiores y vivían de la tierra con mayor abundancia y menos trabajo que los colonos [...]. Y cuando tu pueblo empezó a desertar para irse a vivir con ellos, fue demasiado [...]. Por eso mataste a los indios, los torturaste, incendiaste sus poblados, quemaste sus campos de maíz; para demostrar tu superioridad a pesar de los fracasos. Y prodigaste el mismo trato a cualquiera de los tuyos que hubiera sucumbido a esa forma de vida salvaje. Pero seguiste sin cultivar mucho maíz...

Los esclavos negros fueron la solución. Y era natural considerar esclavos a los negros importados, a pesar de que la institución de la esclavitud tardó varias décadas en regularse. En 1619 ya se había trasladado a un millón de

PERSONAS DE CONDICIÓN INFAME Y VIL

EN 1676, SETENTA AÑOS después de la fundación de Virginia y cien antes de que liderara la guerra de Independencia de los Estados Unidos, esa colonia se enfrentó a una rebelión de hombres de la frontera, a los que se unieron esclavos y sirvientes; fue una revuelta tan amenazadora que el gobernador se vio obligado a huir de la capital incendiada, Jamestown, e Inglaterra decidió enviar mil soldados al otro lado del Atlántico para que mantuvieran el orden entre los cuarenta mil colonos. Se trató de la rebelión de Bacon. Una vez sofocada la revuelta, muerto su líder, Nathaniel Bacon, y ahorcados sus cómplices, un informe de la Comisión Real describió a Bacon:

Se dice que tenía treinta y cuatro o treinta y cinco años, que no era muy alto, pero sí esbelto, con el pelo negro, aspecto amenazante, pensativo y melancólico, y un discurso pestilente y predominantemente lógico que tendía al ateísmo [...]. Sedujo a las personas más vulgares e ignorantes para que lo creyeran —dos tercios de la población de cada condado manifiestan esa condición— y depositaran en él su corazón y sus esperanzas. Después, acusó al gobernador de ser negligente, malvado, traidor e incompetente; calificó las leyes e impuestos de injustos y opresores, y clamó la absoluta necesidad de una compensación. Más tarde, Bacon alentó los disturbios y conforme la multitud inquieta lo siguió y se adhirió al grupo, los alistó según llegaban en un gran papel y escribió sus nombres de forma circular para que nadie supiera quiénes eran los líderes. Tras haberlos camuflado en ese círculo, haberles ofrecido brandy para rematar el conjuro y exigirles por juramento que se mantuvieran unidos entre ellos y con él, emponzoñó al condado de Nuevo Kent y lo dejó listo para la revuelta.

La rebelión de Bacon comenzó con el conflicto de los indios, que estaban cerca, en la frontera occidental, y suponían una amenaza continua. Los blan-

cos que no habían recibido ningún lote cuando se hicieron grandes concesiones de tierras alrededor de Jamestown tuvieron que desplazarse hacia el oeste y allí se toparon con los indios. ¿Estaban resentidos esos hombres de la frontera de Virginia porque los políticos y los hacendados aristócratas que controlaban el Gobierno de la colonia de Jamestown los hubieran empujado hacia el oeste, hasta el territorio de los indios, para después dudar si luchar contra ellos? Eso podría explicar el carácter de esa rebelión, que no es fácilmente clasificable como antiaristocrática ni como antiindia, porque fue ambas cosas.

¿Acaso el gobernador William Berkeley y sus representantes en Jamestown mostraron una actitud más conciliadora con los indios —persuadieron a alguno de ellos para que les sirvieran de espías o aliados—, tras haber monopolizado la tierra del este y utilizaron a los blancos de la frontera como parachoques para una paz necesaria? La urgencia del Gobierno por aplastar la rebelión parece tener un doble motivo: desarrollar una nueva política indígena que dividiera a los indios para controlarlos —en ese momento, en Nueva Inglaterra, Metacomet, hijo de Massasoit, quien había infligido un daño tremendo a los colonos puritanos en la llamada «guerra del rey Felipe», amenazaba con unir a las tribus indias— y demostrar a los blancos pobres de Virginia que la rebelión era inútil, utilizando una fuerza superior, solicitando tropas a Inglaterra y con ahorcamientos masivos.

La violencia se intensificó en la frontera antes de la rebelión. Unos indios doeg se habían llevado varios cerdos para saldar una deuda y los blancos, para recuperar sus animales, asesinaron a dos indios. Después, los doeg enviaron a un grupo de guerreros para matar a un pastor blanco y, al poco, una compañía de la milicia blanca acabó con veinticuatro indios. Esa situación condujo a una serie de incursiones en la que los indios, inferiores en número, recurrieron a la guerra de guerrillas. La Cámara de los Burgueses de Jamestown declaró la guerra a los indios, pero ofreció eximir a los que cooperaran. Aquello pareció enfurecer a los hombres de la frontera, que querían declarar una guerra total pero, al mismo tiempo, estaban en contra de los impuestos onerosos que supondría esa guerra.

En 1676 la situación era complicada. Wilcomb Washburn, que utilizó los documentos coloniales británicos para realizar un estudio exhaustivo de la rebelión de Bacon, escribió: «Había una angustia genuina, una pobreza auténtica [...]. Todas las fuentes de información señalan que la gran mayoría de la población pasaba apuros económicos». Sufrieron un verano extremadamente seco, que arruinó la cosecha de maíz, imprescindible para alimentarse, y la de tabaco, necesaria para la exportación. El gobernador Berkeley, con más de setenta años y cansado de ocupar su cargo, describió con desaliento su situa-

ción: «Qué desdichado el hombre que gobierna un pueblo en el que seis de cada siete personas son pobres y están endeudadas, descontentas y armadas».

Las palabras «seis de cada siete» sugieren que existía una clase alta que no era tan pobre. De hecho, esa clase se había asentado en Virginia; Bacon provenía de ella, poseía una gran extensión de tierra y seguramente estaba más interesado en matar a los indios que en remediar las quejas de los pobres. Pero se convirtió en el símbolo del resentimiento popular contra la clase dominante de Virginia y en la primavera de 1676 fue elegido para formar parte de la Cámara de los Burgueses. Cuando insistió en organizar destacamentos armados para combatir a los indios, sin control oficial, Berkeley lo acusó de rebeldía y lo apresó. Al poco, dos mil virginianos se dirigieron a Jamestown para demostrarle su apoyo. Berkeley lo dejó libre a cambio de una disculpa, pero Bacon, enfurecido, reunió a su milicia y empezó a atacar a los indios.

La Declaración del Pueblo que redactó Bacon en julio de 1676 muestra una mezcla de resentimiento populista contra los ricos y odio fronterizo hacia los indios. En ella acusa al gobierno de Berkeley de cobrar impuestos injustos, de colocar a sus protegidos en cargos importantes, de monopolizar el comercio de castores y de no proteger a los granjeros del oeste de los indios. Después, Bacon atacó a los pamunkey, que eran neutrales, mató a ocho de ellos y saqueó sus posesiones.

Existen pruebas de que la tropa, tanto del ejército rebelde de Bacon como del oficial de Berkeley, no estaba tan motivada como sus líderes. Según Washburn, se produjeron deserciones masivas en ambas milicias. En otoño, Bacon, que tenía veintinueve años, se sintió enfermo y murió, debido, tal como explicó uno de sus contemporáneos, a «los enjambres de bichos que se reproducían en su cuerpo». Un clérigo, que evidentemente no era partidario de sus ideas, escribió el epitafio:

Bacon ha muerto y siento en el alma
que los piojos y los fluidos hayan hecho el trabajo del verdugo.

La rebelión no duró mucho más. Un barco armado con treinta cañones navegó por el río York, se convirtió en la base desde la que asegurar el orden, y su capitán, Thomas Grantham, utilizó la fuerza y el engaño para desarmar a las últimas fuerzas rebeldes. Al llegar a la guarnición principal de la rebelión, Grantham se encontró con cuatrocientos ingleses y negros armados, una mezcla de hombres libres, sirvientes y esclavos. Prometió perdonar a todos y conceder la libertad a los esclavos y sirvientes, conque casi todos entregaron las armas y se dispersaron, salvo ochenta negros y veinte ingleses, que insistieron en conservarlas. El capitán propuso llevarlos a una

BIBLIOGRAFÍA

ESTE LIBRO, ESCRITO A lo largo de varios años, se basa en veinte años de enseñanza e investigación de la Historia de Estados Unidos y otros tantos de implicación en movimientos sociales. Pero no podría haberlo escrito sin el trabajo de varias generaciones de académicos y, sobre todo, de la actual generación de historiadores, que han realizado una labor colosal en lo que respecta a la historia de los negros, los indios, las mujeres y los trabajadores de todo tipo. Tampoco podría haberlo escrito sin la ayuda de muchas personas que no son profesionales de la historia, pero a los que las luchas sociales que se llevaban a cabo a su alrededor alentaron para recopilar material sobre la vida y las actividades de personas de a pie que intentaban hacer de este un mundo mejor o, simplemente, sobrevivir.

A pesar de que conozco bien la curiosidad del lector por saber el origen de un hecho sorprendente o una cita mordaz, indicar todas las fuentes de información en el texto habría requerido publicar un libro tremendamente cargado de notas a pie de página. Por lo tanto, siempre que he podido, he mencionado en el texto los autores y títulos de los libros de los que esta bibliografía muestra toda la información. Cuando el texto no le permita saber de dónde procede una cita, consulte los libros marcados con un asterisco en el capítulo correspondiente de esta bibliografía. Esos libros con asterisco me han sido especialmente útiles y, en ocasiones, indispensables.

He estudiado las siguientes publicaciones académicas: *The American Historical Review*, *The Mississippi Valley Historical Review*, *The Journal of American History*, *The Journal of Southern History*, *The Journal of Negro History*, *Labor History*, *The William and Mary Quarterly*, *Phylon*, *The Crisis*, *American Political Science Review* y *Journal of Social History*.

También he recurrido a revistas menos ortodoxas, pero igual de importantes para un trabajo como este: *Monthly Review*, *Science and Society*, *Radical America*, *Akwesasne Notes*, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, *The Black Scholar*, *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, *The Review of Radical Political Economics*, *Socialist Revolution* y *Radical History Review*.

I. COLÓN, LOS INDIOS Y EL PROGRESO

BRANDON, William. *The Last Americans: The Indian in American Culture*. Nueva York: McGraw-Hill, 1974.

* CASAS, Bartolomé de las. *Historia de las Indias; selección, edición y notas de José Miguel Martínez Torrejón*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006.

* COLLIER, John. *Los indios de las Américas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1960.

* JENNINGS, Francis. *The Invasion of America: Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1975.¹

* KONING, Hans. *Colón, el mito al descubierto*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1991.

* MORGAN, Edmund S. *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos: De la colonia a la independencia*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2009.

MORISON, Samuel Eliot. *Cristóbal Colón, Marino*. Ciudad de México: Diana, 1966.

MORISON, Samuel Eliot. *El Almirante de la Mar Océano*. Buenos Aires: Hachette, 1945.

* NASH, Gary B. *Red, White, and Black: The Peoples of Early America*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1970.²

VOGEL, Virgil, ed. *This Country Was Ours*. Nueva York: Harper & Row, 1972.

2. EL TRAZADO DE LA LÍNEA DEL COLOR

* APTHEKER, Herbert. *A Documentary History of the Negro People in the United States*. Secaucus, N. J.: Citadel, 1974.³

BOSKIN, Joseph. *Into Slavery: Racial Decisions in the Virginia Colony*. Filadelfia: Lippincott, 1966.⁴

CATTERALL, Helen. *Judicial Cases Concerning American Slavery and the Negro*. 5 vols. Washington: Negro University Press, 1937.⁵

DAVIDSON, Basil. *The African Slave Trade*. Boston: Little, Brown, 1961.⁶

DONNAN, Elizabeth, ed. *Documents Illustrative of the History of the Slave Trade to America*. 4 vols. Nueva York: Octagon, 1965.⁷

ELKINS, Stanley. *Slavery: A Problem in American Institutional and Intellectual Life*. Chicago: University of Chicago Press, 1976.

1 Hay una edición de 2010 en la misma editorial. (Esta y el resto de las notas en esta sección son de los editores).

2 Hay una edición más reciente en Boston: Pearson, 2015.

3 Hay una edición de 1993 en la misma editorial.

4 Hay una edición de 1979 en la misma editorial.

5 Hay una edición más reciente en la misma editorial de 1968 y otra en Buffalo, N.Y.: W.S. Hein, 1998.

6 Hay una edición más reciente en Oxford: Currey, 2004.

7 Hay una edición más reciente en Buffalo, N. Y.: William S. Hein & Co., 2002.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abrams, Elliot, 620, 624
 Acheson, Dean, 467
 Adamic, Louis, 423
 Adams, Henry, 227, 279
 Adams, John, 83, 84, 86, 93, 117, 127, 128
 Adams, John sra. de (Abigail), 127, 128
 Adams, John Quincy, 148, 151, 171
 Adams, Samuel, 77, 83, 110, 112
 Administración de Ajuste Agrícola, 417, 421
 Afganistán, 604, 641, 698, 699, 718-721
 África, 18, 26, 33, 35, 42, 43, 45, 48, 49, 51, 89, 105, 205, 320, 383, 387, 406, 433, 439, 457, 478, 520, 601, 602, 626, 693, 694, 713
 Agencia Central de Inteligencia, 467-469, 504, 506, 508, 511, 512, 529, 573, 574, 577, 578, 582, 585-587, 605, 617, 619, 620, 624, 627-629, 650, 655, 683, 706
 Agencia de Protección Ambiental (EPA), 609, 649
 Agencia para el Desarrollo Internacional, 602, 697
 Agnew, Spiro, 574
Akwesasne Notes, 558, 562, 564, 566
 Albright, Madeleine, 698, 706
 Aldrich, Nelson W., 375
 Alemania, 59, 269, 335, 386, 387, 391, 406, 433-436, 438, 439, 441, 448, 452, 524, 566
 Alemania Occidental, 626
 Alemania Oriental, 457, 626
 Allen, Ethan, 79
 Allen, Robert, 314, 495
 Allende, Salvador, 578, 585, 601
 Alianza de Agricultores, 305-312
 Alianza para el Progreso, 467
 Alperovitz, Gar, 451
 Al Qaeda, 718
 American Tobacco Company, 274, 281, 333
 Ames, Oakes, 275
 Amherst, Jeffrey, 104
 Anderson, John, 647
 Angola, 320, 387, 655
 Anthony, Susan, 366
 Aptheker, Herbert, 5, 52, 192, 194, 212, 227
 Arabia Saudí, 440, 579, 619, 633, 661-662, 691, 696, 722
 arahuacos, indios, 11, 17, 19-21, 25-27, 666
 Armour, Philip, 276
 Armour and Company, 331
 Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, 372, 406, 446, 476, 480, 482, 495
 Aspin, Les, 618, 691
 Astor, John Jacob, 327
 Astor, familia, 258, 262
 Attica, rebelión en la cárcel, 544, 550-553, 674
 Attucks, Crispus, 83
 Autoridad del Valle del Tennessee, 417, 427, 650
 Avilleo, Philip, 659
 Aziz, Tariq, 630
 aztecas, 27-28
 Bacon, Nathaniel, 55, 57, 58
 Bacon, Robert, 375
 Bacon, rebelión de, 53, 55-58, 61, 70-72, 75
 Badillo, Herman, 599
 Baez, Joan, 568
 Bagley, William, 284
 Bailyn, Bernard, 118
 Baker, Ella, 429, 535
 Baker, James, 630
 Baker, Polly, 125
 Baldwin, Hanson, 449
 Baldwin, Samuel, 68
 Ball, George, 592
 Ballard, Martha Moore, 129
 Baltimore, lord, 100
 Banco Mundial, 599, 697, 714